

## EMERGENCIA DEL SUJETO MARGINAL EN *HIJO DE LADRÓN DE MANUEL ROJAS*

Mauricio González  
Universidad Católica del Maule  
m.gonzalez@uc.cl

### **Resumen:**

*Este estudio propone Hijo de ladrón de Manuel Rojas como ejemplo de una narrativa que instala el discurso del ser marginal dentro del campo cultural chileno de la primera mitad del siglo XX. Campo cultural que excluye ese discurso, en función del predominio de uno oligárquico o conservador que oculta a los protagonistas del mundo ácrata presentado por este autor. En consecuencia, se propone la revisión de algunos elementos temáticos importantes para la lectura de su obra, así como el análisis de las influencias en sus textos de las corrientes sociales anarquistas surgidas durante el Centenario para, finalmente, centrarnos en un breve examen de su obra principal.*

*Palabras clave: anarquismo, marginalidad, campo cultural, antiburguesía*

### **Abstract:**

*This study proposes Manuel Rojas' Hijo de Ladrón as a sample of a narrative install the discourse of the marginalized subject into the early to mid-20th century Chilean cultural field, a field that excludes that discourse on behalf of the dominance of an oligarchic and conservative one, which hides the individuals playing the lead on the anarchist world this author presents. As a consequence, a revision of some thematical elements relevant to the reading of his work is proposed, as well as the analysis of the influence of anarchist social trends risen during the Centennial on his texts, to finally focus on a brief examination of his main work.*

*Key words: anarchism, marginalized, cultural field, antibourgeoisie*

Recibido: 03 de septiembre de 2017

Aceptado: 04 de noviembre de 2017

Toda la vida del hombre gira alrededor de lo caliente. El hombre teme lo frío: la comida fría, la mujer fría, las ropas frías, el viento frío”.

Manuel Rojas. *Hijo de ladrón*

### **Introducción**

*Hijo de ladrón* (1951), *Mejor que el vino* (1958), *Sombras contra el muro* (1964) y *La oscura vida radiante* (1971) constituyen la gran novela de formación de la literatura chilena. El mismo Manuel Rojas describe su tetralogía como la descripción de la existencia de un individuo:

“En *Hijo de ladrón* describí su infancia y adolescencia; en *Mejor que el vino* su experiencia amorosa; en la próxima, *Sombras contra el muro*, describiré su formación mental, política y social” (Río seco 71). Cabe agregar, descripción del proceso de aprendizaje hacia el autoconocimiento de un protagonista socialmente tachado por su ascendencia, forzado a hacerse a sí mismo un ser humano desde su subjetividad, para encontrar así un lugar en un mundo de contradicciones en que ha sido arrojado.

Aniceto Hevia es aquel protagonista tachado de las cuatro novelas de Manuel Rojas. En efecto, en los cuatro libros, la narración abarca aproximadamente 42 años de vida de este hijo de ladrón; específicamente, desde 1896 hasta 1938. Este proceso de crecimiento se corresponde con los cuatro momentos fundamentales de la existencia de Aniceto: la infancia, la adolescencia, la juventud y la adultez. Además, su aprendizaje vital coincide históricamente con la época de crisis de la sociedad tradicional chilena frente a la modernización de principio de siglo. El protagonista de la tetralogía se desarrolla como un individuo en medio de la aparición de nuevos grupos socioeconómicos, de rupturas institucionales, de huelgas sindicales, de los combates entre nacionalismos y vanguardismos... Por consiguiente, la vida del personaje de Rojas se vuelve análoga a las contradicciones surgidas de la modernización económica, social y vital del Chile del Centenario y, por ende, supondría una toma de posición particular de su autor dentro de ese campo cultural, al enfrentar al protagonista a “una ciudad en que se advierte la presencia de nuevos actores sociales, sobretudo un movimiento estudiantil, bohemio, mesocrático, ácrata y con vínculos al mundo popular. Un movimiento que participó en movilizaciones de la sociedad civil, y estableció lazos con los trabajadores [...]” (Subercaseaux, Tomo III 209).

El Chile de la primera mitad del siglo XX nos muestra una época de puntos encontrados, en que el campo cultural chileno inicia su recomposición en todos los ámbitos de la existencia. En palabras de Bernardo Subercaseaux: “Se trata de una experiencia vital contradictoria, puesto que la modernización y el cambio ofrecen para los individuos oportunidades nuevas, pero conllevan también, sobre todo para las comunidades más tradicionales y para los sectores más postergados, grandes peligros y desafíos” (Subercaseaux, Tomo III 118). Dentro de estos peligros y desafíos se inscribe temáticamente la narrativa de Manuel Rojas.

En consecuencia, la búsqueda de identidad de Aniceto Hevia en estas cuatro novelas implica un desafío para el personaje por situarse en una sociedad con la que se encuentra en constante pugna, un hacerse en una modernidad chilena de la primera mitad del siglo XX que le

provoca un profundo sentimiento de exclusión, siendo, paradójicamente, una realidad de la que irremediamente forma parte. Después de todo, aquella es una sociedad capitalista-burguesa en expansión, aún sustentada en prejuicios y diferencias de clase, que justifican la aparición de distintos grupos de resistencia o de reivindicación social. En este sentido, las palabras de Gissi acerca de las sociedades latinoamericanas resultan válidas también para el contexto del Centenario y para entender en parte la toma de posición tanto del protagonista de estas novelas como del mismo Manuel Rojas: “[...] el racismo y clasismo se refuerzan en diferentes instituciones y aspectos sociales de la estructura social latinoamericana” (Gissi 14). De tal modo que podríamos referirnos a los textos de este autor como legítimas novelas antiburguesas.

Es así como, en el caso de la obra de este escritor argentino-chileno, la afirmación anterior explicaría en parte la emergencia de una serie de discursos relacionados con la *cuestión social* y, simultáneamente, el desarrollo hacia un anarquismo poético del protagonista de su tetralogía; anarquismo manifiesto y ya maduro en *Sombras contra el muro* y, particularmente, en *La oscura vida radiante*. No por nada, Aniceto, Eugenio y los demás personajes de sus cuentos y novelas se identifican primordialmente con obreros, mendigos, detenidos, anarquistas...; es decir, con seres desplazados que habitan preferentemente el conventillo, un espacio olvidado por la modernización urbana de principio de siglo, o bien, con individuos que nacen bajo el prejuicio de la pobreza, entendida esta como atributo de “raza o deficiencias psíquicas o éticas” (Gissi 9). Lo dicho, resulta en concordancia con los movimientos antihegemónicos surgidos durante aquellos años de transformación social, económica, política y cultural. Como asevera Jobet:

Es evidente que la lucha de clases obreras contra capitalistas, surge a raíz de esta dolorosa situación económica y social. La explotación capitalista es despiadada: bajos salarios, malas condiciones de trabajo, alto costo de vida, traducándose en alimentación deficiente, vestuario escaso y habitaciones insalubres [...] predominio de vicios infames como los del alcoholismo y la prostitución (Jobet: 130).

Entonces, la narrativa de Manuel Rojas surgiría como necesidad de construir una voz que se ajuste a la posición del sujeto social subalterno o desplazado en el campo cultural chileno de la primera mitad del siglo XX y, al mismo tiempo, la recupere como analogía de aquella intrahistoria no contada por el discurso oficial de la modernización. A este respecto Cortés señala: “Rojas [...] protesta contra la organización social y manifiesta su antipatía hacia los

valores de la clase media. Toda su obra, en especial la tetralogía, está dedicada a resaltar todos aquellos factores que le quitan individualidad y dignidad a la persona” (Cortés 31).

Ya en *Lanchas en la bahía* y en sus primeros relatos se identifica a un sujeto que busca (re)construir su subjetividad alienada por la explotación económica y la exclusión social. En este sentido, la tetralogía de Aniceto Hevia, alterego de Manuel Rojas, se constituiría, también como un ideario o proyecto de modelo humano frente a las injusticias de la sociedad capitalista chileno-argentina, pero a diferencia de *Lanchas en la bahía* esta rearticulación iría más allá del sujeto proletario, es decir, hasta un “sujeto universal”. En consecuencia, la formación del protagonista en las cuatro novelas que ahora se pueden entender como existenciales se explicaría como la irrupción de un proyecto, o mejor dicho, como la propuesta de un modelo ideal de hombre para un ideal de sociedad que no se vislumbra por ninguna parte. Lo anterior, cabe agregar, sustentado por un discurso crítico e intimista, en conjunto con elementos de vanguardia que marcarían una ruptura con los nacionalismos literarios y con una serie de discursos hegemónicos. Según Cortés: “El proceso de renovación y cambio que precede la versión final de *Hijo de ladrón*, ilustra el esfuerzo de Rojas de proyectarse hacia un plano universal y de expresar la angustia fundamental del mundo contemporáneo” (122).

El protagonista de la tetralogía indudablemente sería un ser idealizado. Este representaría, por medio del descubrimiento de sí mismo, un ideal proyectable —un hombre nuevo— hacia una colectividad, en el que se intentarían recuperar valores esenciales de la humanidad como son la libertad, la igualdad y la fraternidad y que, sin lugar a dudas, se ven reflejados —en su narrativa—, desde mundos marginales, suburbanos, obreros, etc. Esta idealización y cuestionamiento de la deshumanización provocada por el mundo moderno podría leerse, además, como un proyecto amparado en un trasfondo ácrata que, de todas formas, en la obra de Rojas, no dejaría de percibir la ironía de su propia ingenuidad:

Como ironista Manuel Rojas describe el vagabundaje, la pobreza, la miseria y los anhelos de reforma de los anarquistas, pero observa también cuan fútil es toda tentativa de alterar las bases de la sociedad. Y así los anarquistas luchan cotidianamente por ganarse el pan mientras son reducidos a un núcleo vencido (Lichtblau: 257).

Hemos de recordar que el anarquismo fue una de las corrientes que influyeron con mayor fuerza en el movimiento obrero, artístico e incluso de reivindicación femenina durante el inicio

del siglo XX, precisamente a partir de las diferencias no salvadas por la modernización socioeconómica y cultural del Estado chileno:

[...] contexto de acelerada modernización del país, en que conviven el alumbrado público, los primeros teléfonos [...] con la presencia de nuevos sectores sociales que se expresan en la efervescencia popular, ácrata y estudiantil, es efervescencia rebelde y humanitaria que vocifera el cortocircuito entre el conventillo, la cuestión social y la *belle époque* criolla (Subercaseaux, 2007: 149).

La tetralogía representaría plenamente las tensiones sufridas por Aniceto Hevia y el mismo Rojas durante aquellos años, al representar de manera directa una parte de la sociedad en situación crítica, dentro del campo cultural chileno de la primera mitad del siglo XX y, por ende, en pleno proceso de modernización del Estado. Lo anterior, en concordancia, por cierto, con el origen e ideales del otrora obrero ilustrado Manuel Rojas, proporcionándose así para el lector un contacto más que cercano entre su protagonista y la propia biografía del escritor, como él mismo ha afirmado:

Ya he dicho que es una aspiración de mi alma la de que la sociedad humana llegue a ser una sociedad como la que deja entrever Lenin [...] Tengo una formación ideológica socialista, más bien dicho, una formación anarquista, formación que no he olvidado nunca, por más que las circunstancias de la vida y de mi vida me hayan reducido al solitario trabajo del escritor (Rojas, 1969: 17)

En este documento, nos centraremos en la primera novela de la tetralogía: *Hijo de ladrón*. Primero realizaremos un breve análisis de la situación del anarquismo a principios de siglo. Luego algunos aspectos concernientes a la publicación y forma narrativa de esta obra para, finalmente, centrarnos en el texto mismo con el objetivo de ver cómo se relacionan los temas de esta novela con la conformación del campo cultural chileno, bajo la luz del proceso de modernización. Lo anterior, sobre la base del análisis del protagonista de la novela como proyecto de hombre idealizado sobre una base anarquista.

## **2. *Manuel Rojas y las ideas ácratas en el principio del Siglo XX***

Tal como lo señalara al inicio de este documento, Manuel Rojas nos narra en su tetralogía el proceso de formación de un ser humano marginado socialmente de nombre Aniceto Hevia. La

particularidad del tiempo de estas narraciones es que abarcan en total 42 años de vida de este personaje que, a la vez, son análogos al proceso de modernización social, económica y cultural que se produce en Chile desde la época del Centenario. En efecto, la cronología de la vida de Aniceto se puede reconstruir de la siguiente manera: *Hijo de ladrón*, los primeros diecisiete años, desde 1896 hasta 1913; *Sombras contra el muro*, durante la década del veinte; *La oscura vida radiante*, fines de 1919 y comienzos de 1920; y *Mejor que el vino*, desde 1921 hasta 1938.

No obstante, cabe notar, que la formación como individuo de este protagonista no se muestra en ningún momento alienada con un discurso oficial, sino más bien con uno de los discursos antihegemónicos que surgieron durante el Centenario. Esto se refrenda, ciertamente, en el proceso de posicionamiento del protagonista de las cuatro novelas que decantará, en las dos últimas, en una postura completamente ácrata. Dicho de otro modo, la perspectiva elegida por Manuel Rojas será la de articular un sujeto “otro”, que sobrevive en los márgenes de una sociedad que lo estigmatiza como hijo de un ladrón, siendo su experiencia vital la que lo hará tomar conciencia de su situación en el mundo y optar así por una perspectiva anarquista.

Así, el escritor argentino-chileno, al igual que su protagonista, se posiciona en un lugar antes ocupado por “[...] los autores anarquistas rusos y españoles, escogiendo sus temas preferidos (la delincuencia, el hambre, la libertad, la desigualdad social, los atropellos policiales, la dignidad del individuo, la corrupción del sistema, etc.)”, con el objetivo de “[...] subrayar el hondo contraste entre la clase dirigente y los marginados o miserables de la sociedad” (Cortés 35). En otras palabras, Rojas se apropia primero de una ideología, luego de una narrativa, que deviene desde Gorki y el mismo Dostoievski como estrategia discursiva. Apropiación, por cierto, que sustituye el trasnochado canon español. Con esto, se explicaría en parte la irrupción de los personajes de Rojas en las letras nacionales como individuos que se desarrollan en “[...] calles llenas de casas de putas, rateros, piojos y sarna, conventillos y casa de remolienda [...] Casas en que se bebe vino, chicha o cerveza y en donde pierden su virginidad, medio borrachos, numerosos jóvenes” (Rojas, *Obras* 952), constituyéndose esta narrativa, finalmente, como un paradigma distinto al mundonovista.

La postura anarquista de Rojas más que doctrinaria envuelve una forma de mostrar las debilidades de los llamados tiempos modernos en Chile desde su raíz. Razón por la cual el viaje de formación de Aniceto Hevia, para el contexto chileno, necesariamente debía comenzar en el lejano 1896 y aquella corriente con la que mayor identificación tuviera debía ser la ácrata. Esto,

por cuanto el discurso anarquista representaba su propio discurso de marginado o estigmatizado y, además, porque este recién comenzaba a articularse de manera estratégica dentro del campo cultural chileno como un discurso válido para exigir reformas, respeto e identidad frente al Otro. Así asistimos a la emergencia del discurso del subalterno, en medio de la oligarquía. De tal modo que podríamos decir que la intrahistoria del protagonista de *Hijo de ladrón* representaría también la historia crítica de algunos agentes de la modernidad en Chile; no oligárquica, no burguesa. En *Cinco estudios sobre cultura*, Catalán señala:

A principios de siglo es perfectamente perceptible la emergencia de importantes núcleos de obreros y artesanos con demandas y expectativas culturales bastante sorprendentes. De orientación anarquista en su mayoría, estos grupos de “proletarios ilustrados” —en quienes se advertía la influencia de los inmigrantes europeos—conjugaban su espíritu de rebeldía con hábitos culturales y literarios en verdad notables (Catalán 111).

Indudablemente, la cultura obrera, ligada a una corriente ácrata, y también lo popular se transformaron en agentes activos dentro el campo cultural chileno de principios de siglo XX; no solo como productores de nuevos actores, identidades y manifestaciones, sino también como generadores de un discurso legible, mediante la articulación literaria llevada a cabo por medio de los llamados “Proletarios ilustrados”. Cabe mencionar que Manuel Rojas fue uno de estos inéditos agentes culturales que buscó rearticular una identidad tanto proletaria, como sucede en *Lanchas en la bahía*, como del resto de marginados. En el caso de la tetralogía esto se transcribe en la creación de un modelo ideal de ser humano que nace y se forma valóricamente en contacto con hombres y mujeres desfavorecidos por la modernización.

Sin embargo, Rojas se incluye en este nuevo campo cultural chileno recién en 1912, tras cruzar la cordillera con un grupo de jóvenes anarquistas. Tiempo en el cual se identifica y participa activamente de las ideas ácratas junto con González Vera, especialmente escribiendo en revistas como *La Batalla*. Desde donde provienen textos como “El último combatiente”, “un homenaje a León Trotsky”; “Versos para la revolución de octubre”; “Paz en Europa”; “España otra vez”; “El socialismo y la libertad”; “Sacco y Vanzetti”; “Dos centenarios: Marx y Thoreau” y los poemas “Muerte en otoño”; “A la muerte de Máximo Gorki”. De tal modo que, ya en Chile,

toma una posición consciente en que recupera un pensamiento anarquista que ya llevaba más de 10 años gestándose en el contexto obrero chileno.

La anarquía con la que se encontró Rojas, al igual que los movimientos vanguardistas y los grandes pensadores del siglo XIX se fundó en oposición a una minoría “explotadora” burguesa. En palabras de Berman: “El movimiento dialéctico de la modernidad se vuelve irónicamente contra su fuerza motriz fundamental, la burguesía” (7). Sin embargo, en función de su rechazo al dogmatismo, las ideas ácratas resultaban tan plurales que, en ocasiones, llegaban a ser hasta contradictorias, respecto a sus modos de acción. De ahí que pudieran encontrarse opciones tan diversas para llevarlas a cabo:

[...] se podía identificar una variada gama de posiciones que tenían como común denominador su rechazo radical a la sociedad existente, al Estado y a la política, entendida esta actividad de la manera formal en que se expresa a través de partidos e instituciones estatales. “Los anarquistas propugnaban la supresión radical e inmediata de las estructuras de poder y su sustitución por la autoorganización de los productores, como un medio de instaurar la sociedad igualitaria y libertaria de la Anarquía o Comunismo Libertario [...] (Grez: 18).

El caso chileno no fue muy distinto al del resto de América y Europa: “En el plano teórico general la corriente ácrata que empezó a constituirse en Chile en los últimos años del siglo XIX no difirió en nada sustantivo de los movimientos del mismo signo ideológico [...]” (Grez 70). Rojas como obrero, desde muy pequeño, tal vez debido a la muerte de su padre, vio en la anarquía una suerte de representación de ideales que no lograba encontrar bajo la injusticia que él percibía como proveniente de la modernización, anclada en el poder de un Estado oligárquico-burgués.

El ideario anarquista, en el plano teórico, llamaba a la supresión del Estado como organismo regulador, lo cual implicaba en la práctica un regreso al “estado de naturaleza”. En este, según Locke, y no sin un cierto idealismo ingenuo, los individuos se encontrarían “en un estado de perfecta libertad para ordenar sus actos y disponer de sus posesiones y personas como juzguen conveniente, dentro de los límites del derecho natural, sin requerir permiso y sin depender de la voluntad de ningún otro” (Nozick 23). Dicho de otro modo, “la sociedad anárquica surgiría de las ruinas del capitalismo” (Grez 71). Manuel González Prada asegura que:



Anarquía y anarquistas encierran lo contrario de lo que pretenden sus detractores. El ideal anárquico se pudiera resumir en dos líneas: la libertad ilimitada y el mayor bienestar posible del individuo, con la abolición del estado y la propiedad individual. Si ha de censurarse algo al anarquista, censúrese su optimismo y la confianza en la bondad ingénita del hombre. El anarquista... mira en cada hombre un hermano igual a quien debe justicia, protección y defensa. (Prada 12)

Evidentemente esta toma de posición muestra un descontento con las políticas de Estado generadas durante el final del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, así como, al mismo tiempo, plantea un ideal de comunidad y, por supuesto, de ser humano: “[...] muchos anarquistas pensaban que solo mediante la destrucción violenta del aparato estatal podría resolverse el problema del poder [...]” (Grez 73). Ideal que aparece en las obras de Manuel Rojas que identifican “una herida” y hacen patente las injusticias y los atropellos cometidos por una institución que no vela por los intereses de todos.

Habría que decir que el Estado moderno era explícitamente el enemigo para los grupos antihegemónicos de aquella época. Estado entendido como una estructuración política burguesa y, además, caracterizado por una progresiva centralización del poder, por una creciente concentración de funciones en manos de una burocracia profesional y por un creciente proceso de secularización que, poco a poco, limitaba la libertad humana, acrecentando así las diferencias de clases. Por ello, un concepto de nación al modo en que se estructuraba durante la primera mitad del siglo XX parece más bien una ilusión en *Hijo de ladrón*. En esta, desde los sentidos de Aniceto, lo que se proyectaría sería más bien una idea de universalismo, muy ligado a Bakunin, quien según Padilla: “[...] confía[ba] siempre en la dignidad del individuo, en su sentido de la solidaridad. Si el marxismo, desde el primer momento parte de las ideas, el bakunismo insistirá sobre la prioridad del hombre de la persona humana” (Padilla 139, 140).

Entonces, si el enemigo era el Estado, reconocido por Berman como una de las fuentes que alimenta “la vorágine de la vida moderna”, evidentemente el anarquismo se presentaba en pugna con las desigualdades sociales generadas por la modernidad. En efecto, socialistas y ácratas se disputaban la consecuencia de sus pensamientos durante el inicio del siglo XX, ligados a personajes como Errico Malatesta, Pietro Gori, Pierre Proudhon, Piotr Kropotkin y el ya citado Mijail Bakunin, entre otros. Cito a Berman: “En el clímax de *La ética protestante y el espíritu capitalista*, de Max Weber, escrita en 1904, todo el poderoso cosmos del orden económico

moderno es visto como una jaula de hierro. Este orden inexorable, capitalista, legalista y burocrático determina las vidas de todos los individuos nacidos dentro del mecanismo [...] con una fuerza irresistible” (14).

Como se infiere de lo hasta aquí señalado, se reconoce una escenificación del tiempo nacional en que la oligarquía y los burgueses son los responsables de un *presente* que debe ser cambiado a favor de una utopía sin Estado y sin burocracia que también se ve reflejada en la obra de Rojas. Sin embargo, en sus escritos habría una suerte de superación de la ideología y de la ingenuidad ácrata en beneficio de un realismo y solidaridad que desde el individuo debería extenderse al resto. De tal modo que, en la tetralogía, solo sería posible plantear pequeñas transformaciones, sobre la base del “hacer la realidad” de todos los hombres. En palabras de Darío Cortés:

La narrativa anarquista de Rojas no depende de un mensaje directo, ni del uso de estereotipos, con una función meramente simbólica o de denuncia. Tampoco, intenta despertar la emoción o la compasión del lector a través de cuadros de exagerada miseria o de conductas perversas, con el mero propósito propagandístico que usaban muchos escritores anarquistas españoles a comienzos de siglo. No pretende anular el orden establecido por medio de la violencia, la insurrección o el caos, actividades que generalmente se asocian con esta ideología. Al contrario, el anarquismo rojiano no tiene una base teórica ni una línea política determinada. Es un anarquismo que proviene de su propio idealismo de la libertad y la prioridad del hombre como ser humano (Cortés: 27).

En la práctica, la corriente anarquista en Chile se percibió primero como un fantasma, aparecido, más o menos tras el derrocamiento de José Manuel Balmaceda en 1891 hasta 1898. Es decir, sus primeras influencias se pueden encontrar durante una época marcada por el desplazamiento del poder hacia la oligarquía, la cual ejerció el gobierno sin ningún tipo de contrapeso hasta 1925. No obstante, esta situación hacia el final del siglo XIX acentúa la sensación de exclusión y desprotección por parte de la naciente clase media y proletaria, lo que provocará “la evolución ideológica de jóvenes trabajadores que transitaron desde la adscripción a una genérica ideología socialista [...] a posiciones decididamente ácratas” (Grez 281). Entonces, históricamente, podríamos situar el origen del anarquismo en Chile durante el período denominado “parlamentarismo”.

Alrededor de 1898 y gracias al conjunto organizado por Alejandro Escobar y Carvallo, Magno Espinoza y Luís Olea, la acción de este movimiento adquiere, lentamente, una forma más definida, siendo el tronco común la fallida Unión Socialista de 1898. Así podemos encontrar afirmaciones de Recabarren coincidentes con las de Rojas: “Actualmente vivimos bajo una permanente y rigurosa dictadura burguesa que nos obliga a vivir desnudos, hambrientos y esclavizados” (Recabarren 53). Lo destacable es que estas circunstancias históricas sumarán en sus filas grupos de jóvenes de un gran nivel intelectual, los cuales por lo general tenían un nutrido historial lector, más allá de la clase social a la que pertenecían. González Vera señala al respecto:

Dominaba en los anarquistas el deseo de saber, el anhelo de sobresalir en los oficios, el afán de ser personales. El individuo lo era todo [...] Augusto Pinto llegó a ser el mejor zapatero santiaguino, además de continuar estudiando un año entero geografía, otro francés, filosofía, sociología y así durante decenios (Catalán 111).

Como nos narra Catalán: “Carlos Pezoa Véliz, Baldomero Lillo [...] y, más tarde, Manuel Rojas, González Vera y el propio Neruda formaron parte, entre otros, de esa juventud bohemia y anarquizante” (Catalán 112).

Ciertamente, este tiempo significó la irrupción de nuevas representaciones culturales, antes de exclusiva propiedad de las clases dominantes. Es así como esta nueva realidad exigirá a estos autores, incluyendo a los “proletarios ilustrados”, la codificación de sus propias realidades, de espacios e ideologías inéditos para la literatura de aquellos años, ahora influenciada por Zolá, Nietzsche, Gorki, Andreiev, Mann, Proust... De tal modo que en Chile, Rojas encuentra un fértil campo en donde producir primero su poesía; luego sus cuentos y ensayos y, finalmente, sus novelas.

Cabe mencionar que en pleno siglo XX, el anarcosindicalismo más que liderar convocó a una serie de huelgas y manifestaciones contra la clase dominante y el Estado burgués, que muchas veces acabaron como violentos actos de represión, especialmente en Valparaíso, Santiago, Concepción e Iquique.

La agitación obrera que se lleva a cabo en ciudades como Buenos Aires, Santiago y Valparaíso... son los escenarios que más adelante selecciona para sus escritos. Entre algunos de los eventos históricos relacionados con el movimiento anarcosindicalista, se pueden mencionar: la huelga general

de Valparaíso (1903), el Sexto Congreso de la Federación Obrera Regional Argentina (1906), El Cuarto Congreso de la Unión de Trabajadores (1906) y la Primera Convención de la Federación Obrera de Chile (1911), que sirven como antecedentes para el ambiente que describe (Cortés 30).

En *Hijo de ladrón*, por ejemplo, podemos leer uno de estos episodios en que destaca la violencia de los policías en un levantamiento obrero en Valparaíso, representados estos, sencillamente, como funcionarios no-pensantes del Estado. Relato que trasunta, por cierto, el carácter antimilitarista de los ácratas:

La pelea había sido contra la policía, que durante el motín hirió a algunos y detuvo a muchos [...] El otro policía, estacionado en la esquina del pasaje que daba al cerro, acudió, y el borracho, que arremetió entonces contra los dos, recibió en la cabeza un palo que le bañó de sangre la cara, siendo, además, ante la sorpresa de sus compinches, llevado preso. [...] Por sus palabras me di cuenta de que no me había visto arrojar la piedra; procedió a detenerme solo porque me vio correr (Rojas, *Hijo* 122, 124)

Pese a su gran influjo sobre la clase obrera durante todo el inicio de siglo, la asociación del movimiento comenzó a resquebrajarse tras el surgimiento de las primeras leyes sociales. En 1931 el *Código del Trabajo* reguló los sindicatos y conflictos laborales, definiendo la nueva situación de los anarquistas. Nuevo posicionamiento que llevó a Rojas a plantearse en *Lanchas en la bahía* (1932), la necesaria codificación de un sujeto proletario. Así, poco a poco la influencia ácrata disminuyó hasta que en 1953, cuando se crea la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), su influjo sobre los movimientos laborales prácticamente desapareció. Sin embargo, la “idea”, como suele denominarse a la utopía de valores que existiría una vez rasgado el manto del poder del Estado, no solo propició reivindicaciones laborales, también postuló el antimilitarismo y la reivindicación del rol de la mujer, entre otros aportes. De este modo, el anarquismo se logró configurar como una corriente de grandes preocupaciones humanistas y que supo en su momento aportar a la reconfiguración del orden social, económico y cultural de nuestro país.

A partir de lo señalado, se puede concluir que Rojas se instala como un intersticio dentro del campo cultural: por una parte, como obrero y anarquista y, por la otra, como un escritor que intenta reconstruir, representar esta experiencia a través de una escritura que sea capaz de

incorporar aspectos acerca de la vida del proletario y de los seres desplazados o tachados por el discurso ideológico-político: problemas existenciales e identitarios que pretenden reinstalar más allá de las reivindicaciones de los trabajadores y de los intereses ideológicos, al ser humano como tal.

### 3. ***Hijo de ladrón* como escritura de vanguardia social**

*Hijo de ladrón* fue publicado por Editorial Nascimento en 1951; cabe agregar, tras el rechazo de Editorial Zig-Zag.<sup>1</sup> Previamente este texto participó en un concurso de La Sociedad de Escritores de Chile en que el campo cultural hegemónico se hizo presente: Manuel Rojas ni siquiera figuró entre los finalistas, lo que generó el reclamo inmediato de Hernán Díaz Arrieta, Alone. El motivo de la descalificación de la obra de Rojas, en pocas palabras, fue que Carlos Préndez Saldías, Alberto Romero y Eduardo Barrios, miembros del jurado de la SECH, tacharon la obra de procaz. Gonzalo Catalán escribe al respecto:

El criollismo, que desde el período que estamos revisando<sup>2</sup>, usufructó del control del campo literario chileno por largas décadas, hizo una cerrada defensa de su posición dominante. En esa empresa se movilizaban no solo escritores sino también críticos, académicos, editores, pedagogos [...] Que la lucha es intensa lo confirma el hecho de que una de las mejores novelas de nuestra literatura, “Hijo de ladrón”, haya sido desestimada [...] Presentada con el título “Tiempo Irremediable” la novela de Manuel Rojas, no logró ni siquiera pasar la clasificación preliminar (Catalán 133).

Pese a ese primer choque con el campo cultural dominante, y a las diversas críticas que recibió el texto de Rojas, hoy por hoy no es posible afirmar que las fortunas y adversidades de Aniceto Hevia no representaron un punto de transición dentro del campo literario chileno. En palabras de Fernando Moreno esta obra implicó el “renacimiento internacional del autor y de su obra, la exitosa culminación de un movimiento renovador que Manuel Rojas había anunciado con una obra anterior (*Lanchas en la bahía*, de 1932) [...]” (Moreno 231). Así como un punto de choque con la literatura criollista.

A diferencia de la literatura dominante en 1951, la novela de Rojas se adscribió dentro de una corriente más filosófica y existencial, mediante una escritura de vanguardia en que se

---

<sup>1</sup> Irónicamente, hoy poseedora de los derechos sobre la mayoría de las obras de Manuel Rojas.

<sup>2</sup> Desde 1890 hasta 1920.

reconocía la influencia o la apropiación de elementos de la narrativa de “Hemingway y sobre todo Faulkner” (Latorre 354) más que de cualquier autor latinoamericano; incluyendo a Quiroga. Tal como señala Goic, *Hijo de ladrón* se reveló, en la mitad del siglo XX, como “expresión de la fatiga de las formas tradicionales ya irrepetibles” (Goic, *La novela* 129).

Ciertamente, esta obra posee un estilo llano y directo, fácilmente legible por cualquiera persona, pero no por ello menos complejo. A diferencia del criollismo, esta es una narración elaborada por medio del uso de monólogos interiores, recursos gráficos, un evidente intimismo para representar la realidad, e incluso, una narración construida como recuerdos fragmentados, a la manera del pensamiento surrealista. Con esto “se produce entonces la superación de la interpretación naturalista de la realidad mediante el cambio radical de la perspectiva del hablante, en especial por medio de la interiorización de las experiencias narradas” (Moreno 232). Se produce un cambio de paradigma, surgiendo la novela social de vanguardia.

No obstante su forma, lo que más destaca de los textos de este autor son sus personajes. Como asevera Latorre: “Rojas no se preocupó de su atipicidad. No tenía interés en hacerse costumbrista. Al contrario. La misión del cuento o de la novela no debía ser, para él, aplastar con el paisaje a los hombres insignificantes. Lo que él quería era mostrar lo que el hombre siente, piensa, es” (Latorre 354). En efecto, los personajes de Rojas son habitualmente sujetos del mundo suburbano, ciertamente personalidades desplazadas por la sociedad a través de los mecanismos de poder. De tal modo que su narrativa se podría interpretar como un lugar propicio para el desarrollo de una elaborada crítica humanista, no ajena, por cierto, al pensamiento anarquista del escritor. Según Enrique Espinoza: “[...] las páginas más memorables de *Hijo de ladrón* expresan la soledad de los seres humanos y su sentido de fraternidad, aún caídos en lo más abyecto, en lo más vil, impuesto por el terror policíaco de un estado Leviatán” (Espinoza 64, 65). Como agrega Fernando Alegría:

Del sentimentalismo humanitario Rojas avanza en sus últimas producciones, a una densa y sólida consideración filosófica del hombre moderno, de su desorientada angustia, de su búsqueda de expresión y armonía a través de una responsabilidad social que, en el fondo, encierra un concepto de libertad individual inquebrantable (Alegría 38).

Por consiguiente, los temas preferidos por Rojas se relacionan con el mundo necesariamente marginal de sus personajes, el que será conjugado en su tetralogía: la

delincuencia, el hambre, la libertad, la desigualdad social, los atropellos policiales, la dignidad del individuo, la corrupción del sistema, etc. Punto de contacto con los autores anarquistas rusos y españoles: “Son todos hombres comunes e ingenuos, a quienes les ocurren situaciones comunes e ingenuas, pero no por ello dejan de tener su propia individualidad” (Neves 11). Darío Cortés señala:

Los motivos de la libertad de Bakunin; la temática de los bajos fondos de Gorki; la presentación de la miseria como promotora de crímenes y vicios proveniente del pensamiento de Jean Grave; los temas de solidaridad y camaradería tal como aparecen en Malatesta y Bakunin; o la de cuestionar a la autoridad que impide el desarrollo de la libertad, motivos recurrentes en la literatura de Kropotkin, entre las dimensiones anarquistas más representativas de su obra” (Cortés: 35).

Aun reconociendo las influencias antes señaladas, el anarquismo de Rojas sería uno centrado en la denuncia más que en la doctrina siendo capaz de ir más allá de una representación ideológica para así lograr transmitir la experiencia del individuo. Podríamos afirmar que Rojas le da una voz al ser marginal que superaría las limitaciones de una posible polarización maniqueísta. Afirmación corroborable ya con *Lanchas en la bahía* (1932). El mismo Rojas aclara sus motivaciones narrativas en *Pasé por México un día*, citado por Espinoza:

Defender al pueblo, ayudarlo, dirigirlo, es una de nuestras responsabilidades ante América y ante al mundo. La novela y la poesía – el cuento todavía se salvan en América Latina cada vez más confusas. Los novelistas imitan en su técnica y en su expresión a Faulkner o a Joyce o a otros escritores y los poetas parecen hablar de asuntos que solo ellos entienden. Por otra parte, los temas de las novelas parecen ser cada día más abstractos y sus personajes más decadentes; juegos psicológicos, descubrimientos expresivos, entretenimientos casi de crucigrama. Daré un ejemplo, el mío. Salí del bajo pueblo y escribí como podía hacerlo cualquier hombre del pueblo con muchos defectos... Después de tres libros de cuentos publiqué mi primera novela *Lanchas en la bahía* en la que puse con la equivocada idea de que las metáforas mejorarían mi prosa, una gran cantidad de estas. Me lo advirtió un amigo más culto que yo, sentía mucha vergüenza y esa vergüenza me tuvo callado (73, 74).

En este sentido, la denominación de “procaz” que recibió la obra o el trato de temas sociales e imágenes tan viscerales como la de un borracho dormido en su propia mierda en una celda nos plantean como arista de estudio respecto a la recepción por parte de las clases

dominantes, el poder interpretarla como novela antiburguesa. No en vano, *Hijo de ladrón* reinstala de manera original los problemas sociales en el campo literario chileno, así como el cuestionamiento de los valores estéticos dominantes a mediados del siglo XX. Además, es interesante su discusión, al tratar de comprender la inclusión de la misma dentro de los planes de lectura de la Dictadura Militar Chilena.

#### **4. *Aniceto Hevia como posicionamiento de ser marginal frente a la realidad moderna***

*Hijo de ladrón* narra los primeros 17 años de la vida de Aniceto Hevia, un ser tachado desde su nacimiento y, por lo tanto, forzado a relacionarse con el mundo bajo el prejuicio de un origen condenable, que surge precisamente desde una sociedad que lo recibe de modo hostil y arbitrariamente injusto. Tachadura ya enunciada en el título del libro y que Litvak explica del siguiente modo: “Entre los desheredados, nadie más despreciado que el delincuente, caído en el último grado de abyección y mantenido allí por la sociedad misma. El anarquismo escogió a este personaje, justamente por su caída, por su vergüenza social, para mostrar la inmoralidad de la sociedad (Litvak 71)”. Es decir, se revela al lector un rol negativo asignado por la sociedad, que dificulta el acceso a las posibilidades de los tiempos que se están viviendo en el mundo.

El proceso de formación de Aniceto Hevia se instala de lleno, en un contexto de rearticulación nacional, como emergencia de un discurso humanista proveniente desde los márgenes de la sociedad, desde un mundo postergado por prejuicios, injusticias —según la retórica ácrata— y ajeno a los avances de la modernización del Estado oligárquico-burgués. Situación que influye necesariamente en la toma de posición del protagonista respecto a un entorno del que él también es agente y, además, en la necesidad y posibilidad que este mismo mundo le da repentinamente de rearticularse como individuo y, más importante aún, como ser humano. Por ello, se señala que “El personaje rojiano cuestiona los valores sociales y denuncia a la autoridad que los domina y les impide progresar” (Espinoza 56).

En consecuencia, el relato de Aniceto sería en primera instancia una búsqueda de identidad distinta a la asignada por el mundo simbólico, es decir, un procedimiento discursivo en que él desarrollaría su narración desde un intersticio ubicado entre el narrador y el protagonista, que le permitiría acceder a su memoria y rearticularse frente al mundo. Acto necesario ante una realidad que, por ejemplo, no tolera que un hijo de ladrón no esté fichado o que él sea capaz de provocar la sorpresa de un infalible detective de una estación de trenes, quien “terminó por darse



cuenta (que los ladrones), a pesar de todas las diferencias, eran hombres, todos hombres, que aparte de su profesión, eran semejantes a los demás, a los policías, a los abogados, a los empleados, a los gendarmes, a los trabajadores, a todos los que él conocía y a los que habría podido conocer” (Rojas *Hijo* 36).

No obstante, la elección como narrador y protagonista de un personaje desplazado por la sociedad moderna y, además, la creación de espacios suburbanos como expresión directa de una manera crítica de ver el mundo es común a la obra completa de Manuel Rojas. Indudablemente, las realidades de *Laguna* (1926), de *El vaso de leche* (1929) y de *Lanchas en la bahía* (1932) equivalen a representaciones de lo “otro”, de lo no-oficial, cargadas, a la vez, de reflexiones filosóficas y de sentido común acerca del devenir dentro de un mundo occidental o moderno a todas luces adverso. Tal como se recoge en *Letras Anárquicas*:

No podemos volar, somos humanos. Para llegar hay que atravesar los hoyos, las cuestas, las repechadas... ¿Pero qué? ¿Nos detendremos? ¡No! Iremos a pie. Destrozaremos nuestros pies en el camino, nuestras manos, a fuerza de empujar las rocas que obstaculizan el sendero, chorrearán sangre. (Rojas y Vera 22)

Mundo, cabe advertir, observado desde la interioridad del ser humano, es decir, desde la *psiquis* de un personaje que pertenece a este, se realiza en él, sufre con los otros, y no desde la frialdad del distanciamiento naturalista o mundonovista. Evidentemente, en esta novela el procedimiento es más complejo, por cuanto se trata de configurar un ser humano, un ideario desde donde institucionalmente, tal vez no existe. Así se entienden las palabras de Espinoza: “[...] las páginas más memorables de *Hijo de ladrón* expresan la soledad de los seres humanos y su sentido de fraternidad, aún caídos en lo más abyecto, en lo más vil, impuesto por el terror policíaco de un estado Leviatán” (Espinoza 64, 65)

Entonces, marcado por sus circunstancias y su condición social, Manuel Rojas intenta en su obra (re)articular la experiencia de un sujeto postergado por la modernización, creando a partir de esas mismas circunstancias un modelo o sujeto ideal que, en su proceso de formación, se va constituyendo como poseedor de valores carentes en la institucionalidad:

[...] humanismo rojiano que se ordena según nuestro análisis, en torno a la responsabilidad moral y social del hombre hacia el “desplazado de la sociedad”, actitud que deriva de la formación y compromiso del autor

ante los ideales anarquistas. Es un anarquismo sin protesta, basado principalmente en la libertad, la solidaridad y el respeto hacia la persona humana. Rojas insiste en la dignidad del individuo, sin preocuparse por su origen o condición, destacando su angustia y sufrimiento, dentro de un mundo íntimo humano y netamente personal (Cortés 152).

Esto implica, entre otras cosas, la elaboración de un discurso distinto al preexistente, en un sentido social y cultural, que, en el caso de *Hijo de ladrón*, se presenta desde la primera línea como uno desarticulado, fragmentado, en que el narrador protagonista no relata su experiencia siguiendo una forma lineal, sino que selecciona aquellos momentos significativos de acuerdo a su propio criterio; obviamente distinto al de la sociedad en la cual está inserto. Dicho de otro modo, Aniceto Hevia reconstruye discursivamente su vida desde una absoluta y consciente oposición a cualquier tipo de norma proveniente desde el mundo que lo ha tachado:

Es una historia larga y, lo que es peor, confusa. La culpa es mía: nunca he podido pensar como pudiera hacerlo un metro, línea tras línea, centímetro a centímetro, hasta llegar a ciento o a mil; y mi memoria no es mucho mejor: salta de un hecho a otro y toma a veces los que aparecen primero, volviendo sobre sus pasos solo cuando los otros, más perezosos o más densos, empiezan a surgir desde el fondo de la vida pasada” (Rojas *Hijo* 7)

De modo tal que resulta indudable que *Hijo de ladrón* se instituyó de lleno dentro de las problemáticas de la literatura contemporánea, incluyendo su particular forma de estructurar la realidad y, más aun, se arrojó críticamente en las problemáticas provocadas por una sociedad vendada frente a “la otredad”, tanto estructural como temáticamente. Aniceto Hevia, protagonista absoluto de *Hijo de ladrón*, se enajena así mismo del presente institucionalizado para así poder contarnos desde su perspectiva, originalmente de subalterno, acerca de las injusticias del mundo y de aquella herida que la sociedad capitalista no desea reconocer, cegada por los logros de la modernidad:

Y piensa que en este mismo momento hay, cerca de ti, muchos seres que tienen su misma apariencia de enfermos, enfermos de una herida real o imaginaria, aparente u oculta, pero herida al fin, profunda o superficial, de sordo o agudo dolor, sangrante o seca, de grandes o pequeños labios, que los limita, los empequeñece los reduce y los inmoviliza. (Rojas, *Hijo* 96)

En correspondencia con lo anterior puede afirmarse que Hevia -mediante este acto de autoconocimiento discursivo, de exilio y reconstrucción psíquica, interpretable en término de Kristeva como de rebelión-, se transforma en un individuo que busca desesperadamente su lugar en la realidad, no desde cualquier parte, sino que desde su subjetividad, con el objetivo último de forjarse como individuo respecto a su propia existencia y no por medio de la estigmatización dada por la sociedad.

En este sentido, la experiencia colectiva como forma de aprendizaje le da una nueva dirección a su formación y a su posicionamiento en el mundo que le circunda, al mismo tiempo que rompe con cualquier posible determinismo naturalista. Esto llevará al Aniceto narrador a darse cuenta que “la idea de que los hijos de ladrones deben ser forzosamente ladrones es tan ilógica como la de que los hijos de médicos deben ser forzosamente médicos” (Rojas, *Hijo* 180). Es así como, la libertad de elegir para hacerse a sí mismo, sobre la base de las experiencias en prisión, en el motín de Valparaíso, con el quijotesco hijo del profesor de matemáticas, con el filósofo y Cristián, entre otros episodios, le permiten al protagonista de Rojas convertir la inmoralidad del delincuente, en inmoralidad de la sociedad. Al respecto, Cortés dice:

El anarquismo de Rojas se rebela también contra cualquier forma de autoridad, ya que esta limita y explota la libertad de sus desheredados. La libertad se cuestiona por medio de las cárceles y la inhabilidad del hombre de defenderse ante las reglas de esta sociedad burguesa. Las autoridades, principalmente los policías o los representantes del gobierno, están vistos desde un punto de vista negativo, mientras que los delincuentes despiertan compasión y no se les culpa por sus crímenes, ya que la sociedad les impide ser culpables de sus acciones (Cortés 33)

Las observaciones respecto a la autoridad, acerca del devenir del ser humano, sobre cómo actuar, evidentemente trasuntan como ideologías el anarquismo, en el caso de Rojas centrado en la cuestión social, y, así también, el existencialismo. Ciertamente, dos corrientes de pensamiento y acción que se pueden ligar con la tematización de la injusticia social, es decir, con personajes que han sido abandonados en el mundo y que, de forma natural, buscarían sobrevivir de alguna manera: “Parecía preguntarse, asustado qué haré, como si el fuese el primero que se lo preguntaba. Vivir hermano. Qué otra cosa vas a hacer” (Rojas, *Hijo* 281).

En este sentido, la caída de Hevia al interior de un vagón de tren, lleno de animales y de excrementos, sus vaivenes dentro de este, sus arribos a los calabozos, sus propios monólogos

interiores representarían metáforas existenciales de la crítica situación del hombre dentro del mundo moderno: “Avanzamos unos pasos, sentimos que abrían una puerta y nos detuvimos con la sensación de que íbamos a ser enterrados vivos [...] el silencio y la obscuridad nos separaban y anulaban: nos perdíamos unos para otros y al perdersnos nos desconocíamos” (Rojas, *Hijo* 114, 115). En virtud de lo señalado, la idea de un ser arrojado al mundo en completa soledad no será extraña en los relatos de Manuel Rojas. En efecto, ciertas narraciones de Aniceto se constituirán como estas metáforas acerca de una realidad que será ineludiblemente formativa, por cuanto llevarán, progresivamente, al narrador-protagonista hacia el final de sus propios relatos a convertirse en aquel ideal, al darse cuenta de su situación y tomar posición dentro del campo cultural.

Así, en *Sombras contra el muro*, Aniceto será perfilado por otro personaje como aquel modelo; aunque, irónicamente, el mundo seguirá siendo una instancia muy distinta al deseado:

Aniceto tiene del anarquismo una idea casi poética: es un ideal, algo que uno quisiera que sucediese o existiera, un mundo en que todo fuese de todos, en que no existiese propiedad privada de la tierra, ni de los bienes; por eso lo primero que hay que hacer cuando llegue la revolución es quemar el Registro de Bienes Raíces; en que el amor sea libre, no limitado por leyes; sin policía, porque no será necesaria; sin ejército, porque no habrá guerras; destruyendo la propiedad se acaban las guerras; sin iglesias, porque el amor entre los seres humanos habrá ya efectivamente nacido y todos seremos uno [...] Algo más también, pero esto es lo esencial. Sobre cómo realizar eso no tiene la menor idea ni se preocupa de ello [...] Pero el no es nadie, no tiene una pistola, no es un teórico del anarquismo ni de nada, es solo un joven hambriento a quien le gustan ciertas cosas, leer, oír, conversar, divagar, caminar[...]" (Rojas, *Sombras* 969)

Indudablemente, Rojas desarrolla un ideario en el que polemiza contra la autoridad, contra los espacios burocráticos creados por la modernización, incluso contra la religión y la educación formal, por cuanto en ellos se generarían las contradicciones y, por ende, iniquidades que afectarían el devenir humano; en especial, el de los más pobres. De tal modo que podría afirmar que Aniceto Hevia descubre para el lector un mundo de injusticias, equiparable al real, en que los hombres, de modo artificial, mediante la institución, no seríamos de ningún modo iguales: “Bueno, yo nací en Buenos Aires, pero eso no tenía valor alguno: lo valioso era el certificado; nunca me sirvió de nada el decirlo y las personas a quienes lo dije no demostraron en

sus rostros de funcionarios entusiasmo ni simpatía alguna” (Rojas, *Hijo* 12). Crítica que Rojas ya entreviera en otro texto, tal como cita Vera:

Una rebelión abierta en contra de los certificados de nacimiento y los pasaportes; contra los conductores de trenes, los cónsules, los capitanes de puerto, la policía uniformada y la civil; contra la gama infinita de individuos que no crean bien alguna, y cuya función, que repudia sea es restringir, dificultar, oponerse, aprisionar y arrinconar al hombre; contra el poder anónimo, son responsables a la vista, que se van comiendo la libertad de cada uno (Vera 167).

Este es, en otras palabras, el mundo moderno, en el que Aniceto y Rojas crecen. Realidad cuestionada desde una perspectiva ácrata antipolicial, antiburocrática, antiinstitucional. Sin embargo, como ya mencionara, las ideas anarquistas de este autor no dejan de ser una idealización que supera la ingenuidad de otros escritores comprometidos con la “Idea”. Dice el mismo Rojas en *Sombras contra el muro*: “La mayoría de los anarquistas son hombres de buena fe; pueden ser tontos o pueden ser ingenuos, pero tienen buena fe; algunos son muy ignorantes: no conocen más que dos o tres palabras y en eso basan todo, libertad, solidaridad, todos para uno y uno para todos (Rojas, *Sombras* 969).

## 5. *Cierre*

Se puede afirmar que, en *Hijo de ladrón*, Manuel Rojas se dedica a la construcción hipotética de una sociedad nueva mediante la presentación de individuos y situaciones que logran abarcar tanto lo histórico como lo personal. Rojas, en cierto modo, logra por medio de Aniceto Hevia superar las restricciones de su presente para explorar asuntos de la problemática existencial contemporánea, al presentarnos la emergencia de un discurso, nacido desde el anarquismo, pero no limitado a este, que estaba ausente dentro del campo cultural chileno y que, sin duda, beneficiará, a largo plazo, la discusión de derechos dentro del país. En este punto es importante rescatar la tematización que logra Rojas, ya situado a mediados de siglo, de las dificultades del marginado en el mundo moderno del inicio del siglo XX, por cuanto no solo se trata de una ficción, sino también de un reposicionamiento social frente a la Historia de Chile.

Del mismo modo, destaca, dentro de este contexto creado como consecuencia negativa del Estado moderno, cómo Manuel Rojas buscaría salvar desde dentro del sistema, en medio de

la inmundicia, aquellos valores que han sido cubiertos por la corrupción del poder, del dinero o del simple egoísmo. Por ello, sus personajes estarán llenos de solidaridad y bondad como bases para la supervivencia debido a las carencias de sus realidades. Aun así, Aniceto no se identificará con ningún modelo imitable, sino que a partir de su propia experiencia, irá rechazando opciones, ejerciendo oficios, hasta transformarse en un anarcopoético, quien presenta una voz propia dentro de este particular espacio. Quizás, nos encontramos ante un existencialismo sartriano que, aun cuando no se desarrolla en este documento, parece atravesar la tetralogía.

Finalmente, cabe destacar entonces que el interés principal de los personajes de Manuel Rojas es el luchar por la existencia, en un mundo análogo al de principio del siglo XX, en que solo algunos se ven favorecidos. Incluso Aniceto, desde la distancia obtenida como narrador, idealizará el núcleo familiar, comprenderá a su padre, los deseos de este de que él no se convierta en ladrón ni en carpintero, sino que en algo más. Asimismo resaltaré los valores obtenidos desde aquel hogar, siendo ese el contraste principal con su *presente* en un mundo que lo estigmatiza y que le provoca una “herida” no lo deja trabajar. Cabría preguntarse cuál sería su opinión hoy en día, entendiendo que el ser marginado sigue en su lucha por hacer legítimo su discurso. Discurso que, en el caso de la obra de Rojas, se manifiesta en una particular filosofía identitaria.

### ***Bibliografía***

- Alegría, Fernando. “Envío y despedida a un amigo” *Manuel Rojas. Estudios Críticos*. Selección y prólogo de Naín Nómez y Emmanuel Tornés. Santiago, Chile: Editorial de la Universidad de Santiago de Chile, 2005. Impreso.
- Berman, Marshall. “La modernidad: ayer hoy y mañana” en *Todo lo sólido se desvanece en el Aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo Veintiuno, 1988. Impreso.
- Bourdieu, Pierre. *Les règles de l'art: gèneses et structure du champ littéraire*. Traducción de Thomas Kauf. Barcelona: Anagrama, 1995. Impreso.
- Brunner, José Joaquín. “Antecedentes sobre la transformación del campo literario en Chile entre 1890 y 1920” en *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*. Santiago, Chile: FLACSO, 1985. Impreso.
- Cortés, Darío. *La narrativa anarquista de Manuel Rojas*. Madrid: Pliegos, 1986. Impreso.
- Espinoza, Enrique. *Manuel Rojas, narrador*. Buenos Aires, Argentina: Babel, 1976. Impreso.
- Gissi, Jorge. *Identidad, subjetividad y conflicto en América Latina*. Santiago, Chile: 1996. Impreso.
- Goic, Cedomil. “Brevísima relación de la historia de la novela hispanoamericana” en *La novela Hispanoamérica. Descubrimiento e invención de América*. Valparaíso, Chile: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1973. Impreso.
- . “Hijo de ladrón” en *La novela chilena*. Santiago, Chile: Editorial Universitaria, 1976. Impreso.

- González Prada, Manuel. *Anarquía*. Lima: Editorial PTCM, 1948. Impreso.
- Grez Toro, Sergio. *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de "La idea" en Chile 1893-1915*. Santiago, Chile: LOM, 2007. Impreso.
- Jobet, Julio. *Recabarren: Los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chileno*. Santiago, Chile: Prensa Latinoamericana, 1955. Impreso.
- Latorre Mariano. "Otras opiniones" en *Manuel Rojas - Estudios Críticos*. Selección y prólogo de Naín Nómez y Emmanuel Tornés. Santiago, Chile: Editorial de la Universidad de Santiago de Chile, 2005. Impreso.
- Lichtblau, Myron. "El tono irónico en sombras contra el muro" *Manuel Rojas. Estudios Críticos*. Selección y prólogo de Naín Nómez y Emmanuel Tornés. Santiago, Chile: Editorial de la Universidad de Santiago de Chile, 2005. Impreso.
- Lichtblau, Myron. "El tono irónico en sombras contra el muro" en *Manuel Rojas. Estudios Críticos*. Selección y prólogo de Naín Nómez y Emmanuel Tornés. Santiago, Chile: Editorial de la Universidad de Santiago de Chile, 2005. Impreso.
- Litvak, Lily. *Musa libertaria*. Barcelona: Antoni Bosvh Editor 1981. 71. Impreso.
- Luis Emilio Recabarren. *Obras*. La Habana: Casa de las Américas, 1976.
- Lukács, George. *Teoría de la novela*. Buenos Aires: Edición Siglo Veinte, 1966. Impreso.
- Marx, Karl. *Manifiesto del partido comunista*. Moscú: Progreso, 1970. Impreso.
- Moreno, Fernando. "La existencia herida" en *Manuel Rojas. Estudios Críticos*. Selección y prólogo de Naín Nómez y Emmanuel Tornés. Santiago, Chile: Editorial de la Universidad de Santiago de Chile, 2005. Impreso.
- Neves, Eugenia. "Prólogo" en *El vaso de leche y otros cuentos*. Santiago, Chile: Biblioteca popular Nascimento, 1985. Impreso.
- Nozick, Robert. *Anarquía, estado y utopía*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1990. Impreso.
- Padilla, Antonio. *El movimiento anarquista español*. Barcelona: Editorial Planeta, 1976. Impreso.
- Rojas, Manuel y José Santos Vera. *Letras anarquistas*. Compiladora Carmen Soria. Santiago, Chile: Planeta, 2005.
- . *Antología autobiográfica de Manuel Rojas*. Santiago, Chile: Ercilla, 1962. Impreso.
- . *Hijo de ladrón*. Santiago, Chile: Zig Zag, 2006. Impreso.
- . *Obras escogidas*. Tomo II. 3a edición. Santiago, Chile: Zig-Zag, 1974. Impreso.
- . *Viaje al país de los profetas*. Buenos Aires, Argentina: Zlotopioro, 1969. Impreso.
- Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. El centenario y las vanguardias*. Tomo III. Santiago, Chile: Editorial Universitaria, 2004. Impreso.
- Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Nacionalismo y cultura*. Tomo IV. Santiago, Chile: Editorial Universitaria, 2007. Impreso.
- Torres Ríoseco, Arturo, "Conversaciones con Manuel Rojas" en *La hebra en la aguja*. México: Biblioteca del Mundo, 1965. Impreso.